

tados; 2) Procedimientos liberalizados para el reconocimiento de los partidos políticos. 3) Cambios en los procedimientos electorales. 4) Ampliación del acceso de los partidos a los medios masivos de comunicación.

Por último, Middlebrook no resiste la tentación de proponer, en función del fenómeno de liberalización política, cuáles son las perspectivas para un cambio futuro en el régimen mexicano. Nada del otro mundo si se considera que la liberalización se ha mantenido bajo un estrecho control del gobierno, además, claro, de las viejas y nuevas debilidades del sistema afloradas desde 1977: el tibio reconocimiento a los triunfos electorales de las oposiciones -incluido el PAN-; la reticencia de los elementos conservadores a una mayor apertura, así como los retos y limitaciones en sus bases sociales de que adolece la oposición, fundamentalmente la de izquierda. Poca cosa también, si nos olvidamos de la crisis económica.■

Maria Xelhuantzi López

"NICARAGUA, LAS ELECCIONES Y LA LIBERTAD"

Cuando América Latina nació a la independencia en las primeras décadas del siglo pasado, uno de los problemas más urgentes que enfrentaron los distintos países fue el de la construcción del Estado nacional. El derrumbe del sistema colonial, la falta de control sobre el territorio y las pugnas internas entre los diferentes grupos regionales, dificultaron permanentemente esa labor. Sin embargo, al organizar un ejército regular, y echando mano de las ideas que animaron a la revolución francesa y la independencia norteamericana, los viejos latifundistas de América Latina lograron levantar, con gran esfuerzo, cada uno de los Estados que requerían las jóvenes naciones del continente. A partir de ese momento, se inició la larga historia de tiranías, intervenciones extranjeras, cuartelazos y paréntesis de democracia que han vivido los países latinoamericanos.

En la historia política de América Latina han existido tres momentos cruciales, en los que las estructuras del Estado nacional han volado por los aires, impulsadas por la presión de los movimientos populares: en México en 1914; en Cuba en 1958, y en Nicaragua en 1979. En tales casos, invariablemente, han desaparecido los poderes establecidos la legislación ha perdido vigencia y, sobre todo, los ejércitos constituidos fueron derrotados y desintegrados. En México, la destrucción del Estado fue un fenómeno tan radical, que su reconstrucción definitiva tuvo lugar hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas; en Cuba, la estructura más acabada del Estado apareció con el primer congreso del Partido Comunista Cubano, en 1980, y en Nicaragua el proceso de levantamiento de un nuevo Estado se encuentra en curso.

De los tres casos mencionados, el nicaragüense ha resultado el más rápido. En los cinco primeros años de revolución, el país cuenta ya con un poder Ejecutivo establecido, una Asamblea Constituyente encargada de elaborar una nueva Constitución y un ejército muy numeroso y bien armado, capaz de resistir cualquier invasión foránea. Además el Estado se puso a prueba en un proceso electoral que provocó reacciones encontradas en todo el mundo, y que empieza a ser analizado desde los más diversos enfoques. Uno de los puntos de vista más importantes sobre el asunto es, sin duda alguna, el reconocido oficialmente por los Estados Unidos. Y eso se debe, sobre todo, a cuatro razones primordiales: 1) Porque los Estados Unidos han considerado siempre que Centroamérica es una región de su competencia y exclusividad; 2) Porque los Estados Unidos organizaron a la Guardia Nacional de Nicaragua, que funcionó como cimiento del Estado y cuya jefatura, ejercida por la dinastía Somoza, gobernó al país durante más de cuarenta y cinco años; 3) Porque los Estados Unidos, ante la inminente caída de Somoza, trataron de organizar un gobierno de relevo, más manejable que el actual, y no pudieron; 4) Porque los Estados Unidos, desde hace un par de años, mantienen y entrena a los grupos armados que tratan de derrocar al actual gobierno de Nicaragua.

En esas condiciones, para el Presidente de los Estados Unidos las recientes elecciones en Nicaragua constituyeron un fraude, ya que -según su versión- el gobierno Sandinista excluyó por la fuerza a la oposición de los comicios. Por eso, meses después, en su célebre "programa para la paz", el Presidente Reagan propuso como condición la celebración de nuevas elecciones.

Sin embargo, no todos los norteamericanos tienen la misma opinión al respecto. La Latin American Studies Association, invitada como observadora a las elecciones del cuatro de noviembre, elaboró un informe que sostiene que dichos comicios se llevaron a cabo -en términos generales- limpiamente; que las fuerzas de oposición que no participaron en ellos lo hicieron por consejo de los propios Estados Unidos, que trataron de esa forma de sabotear el proceso, y que las elecciones constituyeron un principio en el camino del país hacia la democracia y la libertad.¹.

De acuerdo al reporte de LASA, en cuatro días se registró el 93.7% de los ciudadanos en edad de votar. De los ciudadanos registrados, acudieron a las urnas el 75%, lo cual arroja un índice de abstencionismo del 25%. En las elecciones participaron siete partidos: además del Frente Sandinista de Liberación Nacional, el Partido Social Cristiano, el Movimiento de Acción Popular Marxista Leninista, el Partido Conservador Demócrata de Nicaragua, el Partido Comunista de Nicaragua, el

Partido Liberal Independiente y el Partido Socialista Nicaragüense. Fuera de las elecciones, por decisión propia, quedaron el Partido Social Demócrata y una fracción del Partido Liberal Independiente, agrupados en la Coordinadora Democrática, liderada por Arturo Cruz. La votación fue secreta en todos los casos; directa para elegir al Presidente y Vicepresidente, y proporcional para elegir representantes a la Asamblea, que son 96. Los resultados fueron los siguientes: Frente Sandinista de Liberación Nacional, 67% de los votos, con 61 representantes en la Asamblea; el Partido Conservador Demócrata, 14% de los votos y 14 representantes; el Partido Liberal Independiente, 9.6% de los votos y 9 representantes; el Partido Popular Social Cristiano, obtuvo el 5.6% de los votos y 6 representantes; el Partido Comunista, el 1.5% de los votos y 2 representantes; el Socialista Nicaragüense, el 1.3% de los votos y 2 representantes, y el Movimiento de Acción Popular Marxista Leninista obtuvo el 1% de los votos y ningún representante. En suma, el FSLN obtuvo el 67% de los votos; un 29% favoreció a los tres partidos situados a la derecha del Sandinismo, y un 4% a los tres partidos situados a su izquierda. En total, la oposición ganó 35 de los 96 representantes a la Asamblea.²

La importancia de estos comicios, que se efectuaron en el corazón del conflicto centroamericano, ha convocado la opinión de muchos. Además de Reagan, aunque partiendo de

otro punto de vista, Gabriel Zaid atacó las elecciones nicaragüenses por sus deseos de unanimidad y totalitarismo, y se quejó de que los sandinistas no hubiesen rivalizado entre sí por la Presidencia:

"Pero que el Sandinismo logre, con presiones y todo, menos del 70% no está nada mal. Cuántos partidos quisieran mucho menos. Por el contrario, lo que está mal es el sueño de tener más que eso: el sueño de no ser parte sino todo; la ilusión, la pretensión, el deseo, de que toda Nicaragua, como un solo hombre, esté detrás de un movimiento, de un partido, de nueve comandantes y, finalmente, de uno. De que todo se someta a una parte que supuestamente es todo, sabe todo y decide por todos. De que salen sobrando las elecciones, la prensa independiente, los partidos de oposición, las empresas y sindicatos independientes, la Iglesia y la cultura aparte, porque las diferencias y conflictos de opinión, de pasión, de interés ni existen ni deben manifestarse: son como la cizaña que el buen Todo debe extirpar."

Esa fantasía de unanimidad de los buenos (y los intereses reales de los comandantes) pospusieron cinco años las elecciones a un costo enorme para el país. La unanimidad fue buena para derrocar a Somoza y lo sería para enfrentarse a una invasión norteamericana, en caso de haberla, pero resulta sospechosa como ideal político. Suele encubrir a una parte que usa las banderas del todo para quedarse con todo. ¿Cuál es la ventaja para el país de que se imponga la unanimidad entre los comandantes? ¿de que Borge tenga que disciplinarse y Pastora tomar las armas contra sus compañeros?

1-. "The electoral process in Nicaragua: domestic and international influences". An official publication of the Latin American Studies Association. November 19, 1984.

2-. *Ibid.* págs. 16-17

Si Ortega, Borge, Pastora y otros comandantes hubieran sido candidatos a la presidencia, si las tres tendencias revolucionarias se hubieran registrado como partidos, ¿hubieran sido menos sandinistas? ¿menos nicaragüenses?, ¿menos revolucionarios?"³

Por su parte, Mario Vargas Llosa, que no es de ninguna manera un defensor de las revoluciones violentas y sus regímenes posteriores, hizo una reflexión más ponderada sobre el proceso:

"Ocurre que en las revoluciones, a las que, antes del triunfo, inyecta su dinámica y fuerza convocatoria, el impulso libertario -el odio al tirano, a la represión, a la censura-, una vez que asumen el poder, otro impulso, el igualitario, toma la hegemonía. Inevitablemente, en algún momento, entran en colisión, como ha ocurrido en Nicaragua. Porque es un hecho trágico que la libertad y la igualdad tengan relaciones ásperas y antagónicas. El verdadero progreso no se consigue sacrificando uno de estos impulsos -justicia social sin libertad; libertad con explotación y desigualdades inicuas-, sino logrando un tenso equilibrio entre estos dos ideales que intimamente se repelen. Pero, hasta ahora, ninguna revolución socialista lo ha conseguido.

En Nicaragua, los revolucionarios que tomaron el poder después de luchar gallardamente contra una dictadura dinástica, creyeron que podían hacerlo todo, sin trabas legales (¿No repiten que "La revolución es

fuente de derecho"?): repartir las tierras, asegurar el pleno empleo, desarrollar la industria, abaratar los alimentos y el transporte, acabar con las desigualdades, aniquilar al imperialismo, ayudar a los pueblos vecinos a hacer su revolución. Las nociones de marxismo que los guiaban -bastante generales a juzgar por los textos de Carlos Fonseca Amador, la figura más venerada entre los fundadores del FSLN- los habían convencido de que la historia se modela fácilmente si se conocen sus leyes y se actúa "científicamente". Cinco años y medio empiezan a descubrir -algunos más, otros menos, pero dudo que quede alguno ciego- que transformar una sociedad es más difícil que tener emboscadas, atacar cuarteles o asaltar bancos. Porque las supuestas leyes de la historia se hacen trizas contra los condicionamientos brutales del subdesarrollo, lo diverso de los comportamientos humanos y las limitaciones fatídicas a la soberanía de los pueblos pobres y pequeños que se derivan de la rivalidad de las dos superpotencias. Entre las conversaciones que tuve con los dirigentes sandinistas, sobre todo en las reuniones informales, donde el buen humor y la cordialidad nicaragüenses florecían, muchas veces noté que, poco a poco, parecían estar aprendiendo el arte burgués del compromiso. Y quien, según todos los rumores, lo ha aprendido mejor, entre los nueve dirigentes de la Dirección Nacional, es el comandante Daniel Ortega".⁴

¿Cómo se mide la libertad de un pueblo? Desde luego, con la elección de sus gobernantes, con la libre expresión de las ideas, con la pluralidad de sus medios de difusión y con el respeto a los derechos de sus ciudadanos; pero también con la soberanía nacional, y la firme determinación del Estado de no obedecer ciegamente los dictámenes de las potencias mundiales. Ese es el difícil equilibrio en el que se encuentra Nicaragua.■

Mario Huacuja R.

3-. Gabriel Zaid: "Nicaragua, el enigma de las elecciones" en *Vuelta* no. 99, febrero de 1985. Pag. 11

4-. Mario Vargas Llosa. "Nicaragua en la encrucijada" en *El Perfil de La Jornada*, 29-30 de abril de 1985.